

Un capellán guapo, guapo

La residencia de mi abuela no es una residencia cualquiera. Primero, porque es un centro solo para mujeres, algo que no es muy corriente; y, segundo, porque es tan cara que solo pueden estar las muy ricas, como ella.

Hace un par de meses, las residentes se aburrían como ostras. Tanto bingo y tanto programa tonto de televisión tenían cabizbajas y apagadas a unas mujeres que, aunque ahora son unas viejecitas, hasta hace unos pocos años fueron unas señoras muy importantes y hasta famosas.

Abogadas, doctoras, presentadoras de televisión y hasta actrices de cine llevaban una vida de lo más sosa y apática en El Tránsito, una residencia que con lo que cobra debería hacer algo más para entretener y hacer más amena la vida de sus clientas, precisamente en ese último tránsito.

La veintena de internas, siempre perezosas y un tanto desarregladas, se movían sin fuelle por pasillos y dependencias a las que pudieran acceder sin escaleras y tenía que estar el día muy bueno, para que se decidieran a salir al hermoso parque que rodea el viejo caserón que arreglaron para convertir en residencia.

Pero un día llegó el padre Alberto. Iba a ser el capellán del centro porque una residencia tan cara como El Tránsito se podía permitir ese servicio de consuelo a ellas que estaban “de paso” hacia el Otro Barrio, como solían decirse entre ellas mismas cuando veían a alguna muy pachucha.

El sacerdote, totalmente vestido de luto, llegó con paso ligero y garboso recorriendo a grandes zancadas el camino de grava que va de la cancela de hierro de entrada al jardín a la escalera de acceso al edificio.

Las cuatro mujeres que estaban en ese momento tomando el sol tumbadas en sendas hamacas en el porche alzaron los ojillos, se incorporaron levemente y alisaron su pelo al ver cómo llegaba hasta ellas la amplia y sincera sonrisa del padre Alberto, que se le adelantaba varios metros. El estremecimiento fue completo cuando esa sonrisa se inclinó hacia ellas y le oyeron decir al cura, simplemente, “buenos días”.

Y es que, además de alto y guapo, el sacerdote tenía una voz que acariciaba. Yo no sé si es que le enseñaron a hablar así en el Seminario para que supiera ganarse a la gente o que él hablaba así. El caso es que la llegada del capellán -y su fuerte personalidad y guapura- se extendió como un reguero de pólvora por la residencia y cuando a las seis de la tarde llegó el sacerdote a decir su primera misa en la pequeña capilla del centro no había nadie más en su interior. Y era cosa que llamaba la atención porque siempre estuvo la puerta abierta, pero era rarísimo ver a alguien dentro.

Y el padre Alberto no defraudó. Solamente había que verlas con qué atención y en qué silencio escuchaban al capellán: con la boca abierta y la mirada en aquellas manos que revoloteaban o en aquellos brazos que a veces se quedaban abiertos como un “cristo” al decir aquello de “dejad que los niños se acerquen a mí”, que tocaba esa primera tarde.

Yo creo que era eso, la voz, una voz que parecía tranquilizarlas, que las dejaba como adormiladas, pero con los ojos muy abiertos y una expresión muy serena.

Ya no hubo más en la residencia. A partir de esa primera misa se produjo un alboroto, sin ruidos, en el viejo caserón, un rún-rún sordo y un entrechocar de siseos que iban de una habitación a otra a través de unos pasillos que habían cobrado vida.

No sé sabe cómo llegaron ni de dónde salieron, pero a partir del día siguiente empezaron a correr por la residencia barras de labios, lápices de ojos, estuches de coloretes, pinzas de depilación, frascos de perfumes... y en la cola de la peluquería comenzó a haber más que palabras hasta que la dirección se comprometió a ampliar el horario.

Por la mañana, en el salón donde solía celebrarse el bingo no había ni una mesa libre, cuando llegó el cura puntualmente a las 11 a “cantar” los números, tal y como se había anunciado el día anterior.

Hubo hasta codazos entre algunas señoras para ocupar las mesas más cercanas a la del capellán, en la que estaba el bombo con las bolitas numeradas.

El embeleso era tal entre las “bingueras” que la mayoría se olvidaba de tachar los números que iba “cantando” despacio y

Un capellán guapo, guapo

dulcemente el sacerdote. Y es que era eso: el “dieciocho” que pronunciaba el capellán no tenía nada que ver con las otras entonaciones que habían oído a lo largo de sus vidas de distintas personas al escuchar de sus labios ese mismo número. Ni el “veintiséis”, todo lleno también de vocales que daba gusto oír cómo se deslizaban desde la punta de lengua hasta la garganta clara y varonil del cura. O el “treinta y tres”, que en boca de don Alberto dejaba de ser un trabalenguas.

Así es que el arrebato místico que, sin proponérselo, había causado don Alberto en la residencia fue a más y el pobre sacerdote empezó en poco tiempo a mostrar signos de cansancio después de “cantar” cerca de una docena de bingos cada día, ante tanta insistencia de las nuevas ludópatas, y de confesar todas y cada una de las tardes a una veintena de mujeres sin más pecado que la revitalización que les causaba la cálida y acariciadora voz del ya sorprendido capellán.

Primero se enteró el director, como era fácil suponer; luego, el señor obispo, como era de esperar, porque en cuestiones de este tipo la Iglesia siempre ve cosas raras, si no pecado mortal, y siempre hay alguien que va con el cuento.

Ambos se reunieron en el Obispado, que era lugar más discreto; y el asunto es que después de varias idas y venidas y de ver el señor obispo, desde rincones reservados, el ardor que despertaba el cura en todas las internas se decidió retirarle de la residencia y enviarle a una apartada región minera, donde difícilmente podía despertar tantas pasiones entre hombres tan rudos.

Al día siguiente, poco a poco y con gran disgusto, las señoras se fueron enterando de que el padre Alberto no volvería más a la residencia por orden de la superioridad.

Al principio, protestaron y protestaron ante el director y las cuidadoras, pero, cuando vieron que no conseguían nada, se fueron retirando cansinamente y se encerraron cada vez más en sus habitaciones sin querer hacer nada. Algunas, las más sensibles, hasta dejaron de comer.

Y en poco tiempo, la tristeza y ese desinterés por la comida, que se hizo extensivo a todas, empezaron a hacer mella entre las internas y comenzaron los fallecimientos.

Las primeras fueron dos mujeres muy mayores, muy mayores, que necesitaban esa silla con ruedas que usan para desplazarse por pasillos y salones. ¿Qué interés podían tener ellas en seguir empujando el tacá-tacá, como digo yo, si no era para escuchar al padre Alberto? Les siguieron otras varias que, como las primeras, se fueron al Otro Barrio tumbaditas en sus camas con las orejas un tanto levantadas como si estuvieran escuchando, allá lejos, ese “trece”, “dieciocho”, “veintiséis”...

Y cundió la alarma porque al paso que iba la “epidemia”, como la empezaron a llamar, el director se iba a quedar en poco tiempo sin clientes y tampoco era cosa, ya que con las tarifas que tenía el centro no se producían nuevos ingresos todos los días precisamente.

O sea que hubo nuevas reuniones entre director y obispo, a propuesta del primero que veía peligrar en poco tiempo ese buen negocio que hasta fechas recientes había sido El Tránsito.

No se sabe cómo lo hizo, pero algunos días después de esas entrevistas, el padre Alberto pudo dejar los rudos parajes en los que trabajan los no menos rudos mineros y volver con la escasa docena de internas que quedaban ya en la residencia.

Nadie ha explicado cuál fue la causa de ese repentino cambio de actitud del señor obispo, pero hay quien asegura que en ello tuvo mucho que ver la promesa formal que le hizo el director de que en la próxima e inminente Declaración de la Renta únicamente se marcaría la X en las casillas situadas a continuación de ese apartado que dice: “Para ayudar al sostenimiento de la Iglesia Católica”. Y es que hay que tener en cuenta que con lo ricas que son las internas eso es un “pastón”.

Sea como sea, mi abuela -que ha sobrevivido a la “epidemia”- ha vuelto a ser feliz y yo con ella; sobre todo, cuando si tiene suerte, la veo levantarse de su silla de un tirón y gritar, fuerte y alegre, “bingo” nada más “cantar” don Alberto el “veintiséis”.

Por Rama